

duda que no habiendo podido influir ningun motivo humano en la determinacion de esos héroes jóvenes que se han alistado en este nuevo ejército, se puede esperar mucho de su noble resolucion. Pero ¿cuánto tiempo no necesitarán para adquirir la instruccion necesaria para el combate que les espera! Y aun cuando la hayan ya adquirido, ¿les quedará tiempo para emplearla? Las discusiones dogmáticas mas indispensables apenas pueden ejercitarse sino en los tiempos de calma, en que los trabajos pueden distribuirse libremente, segun las fuerzas y los talentos de los operarios. Huet no hubiera podido escribir su *Demostracion evangelica*, en el ejercicio de sus funciones episcopales; y si Bergier se hubiese visto obligado por las circunstancias á continuar toda su vida *llevando el peso del dia y del calor* en una parroquia, no habria podido ofrecer á la Religion las muchas obras que lo han colocado en el número de sus mejores apologistas.

Á este penoso estado de ocupaciones santas, pero gravosas, se encuentra hoy reducido mas ó menos el Clero de toda Europa; pero mas particularmente el de Francia, sobre el cual cayó mas directamente y mas de lleno la tempestad revolucionaria. Marchitaronse para él todas las flores del ministerio, y solo le quedaron las espinas. Para este Clero puede decirse que la Iglesia vuelve á empezar, y en el orden natural de las cosas es sabido que los confesores y los mártires deben preceder á los doctores. No es fácil prever el momento en que, gozando de su tranquilidad antigua, y ya bastante numeroso para llevar adelante todas las partes de su inmenso ministerio, podrá excitar nuestra admiracion con su ciencia, y la santidad de sus costumbres con la actividad de su celo y los prodigios de sus trabajos apostólicos.

En este intervalo, pues, que bajo de otros respectos no será perdido para la Religion, no veo por qué las gentes de mundo, á quienes su inclinacion ha hecho entregarse á los estudios serios, no deberian alistarse entre los defensores de la mas santa de las causas; aun cuando no sirviesen mas que para llenar los vacíos del ejército del Señor, no se les podria

al menos negar con justicia el mérito de aquellas heroínas, que á veces se han visto subir sobre las murallas de una plaza sitiada para aterrar é imponer á lo menos al enemigo.

Por otra parte, toda ciencia es siempre deudora, y mas en esta época, de una especie de diezmo á aquel de quien procede; porque Dios es el dueño de las ciencias y el que prepara todos nuestros pensamientos ¹. Nos hallamos cercanos á una época, la mayor de las épocas religiosas, en que todo hombre debe, segun sus fuerzas, traer una piedra para el augusto edificio, cuyos planes están visiblemente trazados. La cortedad de los talentos no debe hacer desmayar á nadie; por lo menos á mí no me ha hecho temblar. El pobrecito que en su reducido jardin solo siembra *yerbabuena, comino ó eneldo* ², puede ofrecer á Dios sus cogollos con tanta confianza de que serán bien recibidos, como la ofrenda del hombre opulento, que de en medio de sus vastas posesiones derrama á manos llenas á la entrada del templo *la fuerza del trigo y la sangre de la viña* ³.

Otra consideracion ha contribuido tambien no poco para alentarme, y es esta: Un eclesiástico que defiende la Religion, hace sin duda su deber, y merece todo nuestro aprecio; pero para la muchedumbre de gentes frívolas ó preocupadas no es así; se figuran que él defiende su propia causa, y aunque su buena fe sea igual á la nuestra, cualquiera habrá percibido mil veces que los incrédulos desconfian menos de un hombre de mundo, y frecuentemente se le dejan aproximar sin la menor repugnancia; y es constante, y los que han observado atentamente á estas aves siniestras y asustadizas saben bien, que es sin comparacion mas difícil el atraerlas que el cazarlas.

Fuera de esto, permítaseme el decir, si un hombre que

¹ Deus scientiarum Dominus est, et ipsi praeeparantur cogitationes. (I Reg. II, 3).

² Matth. XXIII, 23.

³ Robur panis... sanguinem uvae. (Psalm. CIV, 16; Isai. III, 1; Genes. XLIX, 11; Deut. XXVII, 14).

toda su vida se ha ocupado en un asunto importante, y al que ha dedicado todos los instantes de que ha podido disponer, que ha dirigido hácia aquel objeto todos sus conocimientos, siente en sí cierta fuerza indefinible que le hace experimentar una como necesidad de comunicar sus ideas, aunque deba sin duda desconfiar de las ilusiones del amor propio, no tiene alguna razon para creer que esta especie de inspiracion no debe despreciarse, mayormente si no carece de alguna aprobacion extrínseca.

Ya hace tiempo que fijé mis *Consideraciones sobre la Francia*¹, y si no me ciega la honrosa ambicion de serla agradable, paréceme que mi trabajo no la ha disgustado; y pues que en medio de sus terribles desgracias oyó con benignidad la voz de un amigo, que lo es y la pertenece por religion, por lengua y por esperanzas de un orden superior que nunca mueren, ¿por qué no habia de prestarme atento oído, hoy que acaba de dar un paso tan grande hácia la felicidad, y ha vuelto á recobrar bastante calma por lo menos para examinarse á sí misma y juzgarse con prudencia?

Verdad es que las circunstancias han variado mucho desde el año 1796. Entonces cada uno podia libremente atacar á los malhechores á su cuenta y riesgo; mas hoy que todas las autoridades han ocupado su lugar, teniendo como tiene el error varios puntos de contacto con la política, podria suceder al escritor que no estuviese continuamente sobre sí, la desgracia que acaeció á Diómedes bajo los muros de Troya, de herir á una diosa persiguiendo á un enemigo.

Por fortuna nada hay mas evidente para la conciencia que la conciencia misma; y si no me sintiese penetrado de una benevolencia universal, enteramente desprendida de todo espíritu contencioso, aun respecto á ciertas personas cuyos sistemas me dan mas en rostro, Dios me es testigo que hubiera arrojado la pluma, y espero que la bondad de mis lectores no dudará de mis intenciones. Pero este modo de pensar

¹ *Consideraciones sobre la Francia*: un vol. en 8.º en Basilea, Ginebra y París, 1795, 1796.

no excluye la profesion solemne de mi creencia, ni el acento claro y elevado de la fe, el grito de alarma á la vista del enemigo conocido ó disimulado, ni en fin el decoroso proselitismo que nace de la persuasion.

Despues de esta declaracion, cuya sinceridad espero se hallará justificada en toda mi obra, aun cuando mi modo de pensar se hallase en oposicion directa con el modo de pensar de otros, viviré tranquilo; sé muy bien lo que se debe á las naciones y á los que las gobiernan; pero tambien creo compatible con estos sentimientos decirles la verdad con todas las atenciones convenientes. Las primeras lineas de mi obra lo dan ya á conocer, y al que pueda temer encontrar en ella algo que le ofenda, le pido con instancia que no la lea. Estoy íntimamente persuadido, y quisiera con todo mi corazón persuadirlo y demostrarlo á los demás, que *sin el Sumo Pontífice no hay verdadero Cristianismo, y que ningun cristiano hombre de bien, que se separe del Santo Padre, podrá firmar bajo palabra de honor (á no ser un ignorante) una profesion de fe claramente circunscrita.*

Las naciones que se han separado de la autoridad del Padre común, tomadas en masa, tienen sin duda el derecho (los sábios no lo tienen) de llamar á esto una paradoja; mas ninguna podrá llamarlo un insulto, pues el escritor que se conserva en las reglas de la verdadera lógica, á nadie ofende. No hay mas que una sola venganza honrosa que tomar contra él, y es la de raciocinar mejor que lo que él ha raciocinado.

§ II.

Aunque en el discurso entero de mi obra haya procurado en cuanto me ha sido posible atenerme á las ideas generales, sin embargo se percibirá fácilmente que me he ocupado con mas particularidad de la Francia. Hasta que esta no haya conocido bien sus errores, no hay salvacion para ella: mas si la Francia está aun ciega sobre este punto, la Europa ve aun menos lo que debe esperar de la Francia.

Hay naciones privilegiadas que tienen una cierta misión en este mundo, y yo he procurado explicar ya la de la Francia, que me parece tan clara y visible como el sol. En el gobierno natural y en las ideas nacionales del pueblo francés se encuentra por todas partes un no sé qué elemento teocrático y religioso. El francés necesita de la Religión mas que cualquiera otro hombre, y si ella le falta, se encuentra no solo debilitado, sino mutilado; consúltese sino su historia. Al gobierno de los Druidas*, que lo podían todo, entre los antiguos galos, sucedió el de los Obispos, que fueron constantemente, y aun mas en la antigüedad que en nuestros días, los consejeros del rey en todos sus consejos. Los Obispos, según observa Gibbon, han hecho el reino de Francia¹; y puede decirse con toda verdad que han construido esta monarquía como las abejas construyen un panal. En los primeros siglos de la monarquía los Concilios eran unos verdaderos consejos nacionales, donde los druidas cristianos, si nos es permitido expresar así, hacían el primer papel; las formas se habian mudado, pero la nación siempre se halló la misma; pues aunque la sangre teutónica vino á mezclarse en ella por la conquista, en bastante copia, para dar un nombre á la Francia, desapareció casi enteramente en la batalla de Fontenay**, donde ya no quedaron mas que galos. La prueba se encuentra en la lengua, que cuando el pueblo es uno, tambien es una²; mas si se mezcla con otras naciones, sobre todo por

* Sacerdotes de los antiguos galos cuando gentiles, pues no hay pueblo que no haya tenido alguna religion y sacerdotes: esta es una especie de necesidad de todo ser racional, ó dirémos mejor, una memoria mas ó menos confusa que conservaban de los primeros padres.

¹ Gibbon, *Historia de la decadencia*, etc., t. VI, c. 38: París, en 8.º, 1812.

** El 841 entre Carlos el Calvo y Luis de Baviera de una parte, y Lotario de otra.

² De aquí procede que cuanto mas se sube á la antigüedad, las lenguas son mas radicales, y por consiguiente regulares. Esto pudiera hacerse palpable fácilmente con muchos ejemplos. Analicéscase cualquier lengua viva, y se verán en ella vestigios de las diferentes naciones mezclados por las manos del tiempo. No creo pueda haber una lengua

una conquista, cada nación constituyente produce su porción de la lengua nacional, pero la sintaxis y lo que se llama el *genio de la lengua* pertenece siempre á la nación dominante; y el número de voces dado por cada nación es siempre rigorosamente proporcionado á la cantidad de sangre que respectivamente han dado las naciones constituyentes que se han fundido en la unidad nacional. Ahora, pues, el elemento teutónico apenas se apercibe en la lengua francesa, que considerada en su fondo es céltica y romana, y nada hay de mas grande en el mundo*.

Por mucho que nos lisonjemos, decia Ciceron, *nunca excederemos á los galos en valor, á los españoles en número, á los griegos en talentos*, etc.; pero por la religion y el temor á los dioses, *sobrepujamos á todas las naciones del universo*. Este elemento romano, naturalizado en las Galias, se acomodó muy bien con el Druidismo, al cual el Cristianismo despojó de sus errores y su ferocidad, conservando una cierta raíz que era buena; y de todos estos elementos resultó una nación extraordinaria, destinada á hacer un papel asombroso entre las demás, y sobre todo á encontrarse á la frente del sistema religioso en Europa.

El Cristianismo penetró muy pronto entre los franceses con una facilidad que no podia ser sino el resultado de una afinidad particular. La Iglesia galicana apenas tuvo infancia, pues luego que nació se halló, por decirlo así, la primera de las iglesias nacionales, y el mas firme apoyo de la unidad.

Los franceses tuvieron el honor único, y del cual no se han

que no conserve algun elemento de las que la han precedido; pero las grandes masas constituyentes parece que se palpan.

* Permítasenos excluir la española. En su fondo es tambien romana; pero en el orden de las *vivas* recordaremos aquel dicho de uno que no era español... *Que si los Angeles hubiesen de hablar lo harían en español. Que la francesa es para hablar con los hombres, la española para hablar con Dios*. Véase sobre la riqueza y hermosura de la lengua española el *Prólogo* de Capmany á su *Diccionario francés-español*.

preciado bastante, de haber constituido (humanamente hablando) la Iglesia católica en el mundo, elevando á su augusto jefe al grado indispensable debido á sus funciones divinas, y sin el cual no hubiera sido mas que un patriarca de Constantinopla, juguete deplorable de los sultanes cristianos y de los autócratas musulmanes.

Carlomagno, el *Trismegisto* moderno, elevó ó hizo reconocer á este trono, hecho para ennoblecer y consolidar á todos los demás. Es verdad que como no hay en el universo institucion mas grande, tampoco la hay sin duda alguna donde la mano de la Providencia se haya mostrado de un modo mas sensible; pero ¡cuán glorioso es el haber sido elegido por instrumento ilustrado de esta maravilla única!

Cuando en la edad media fuimos al Asia con la espada en la mano para abatir en su mismo terreno aquella formidable media luna que amenazaba á todas las libertades de la Europa, los franceses iban al frente de esta inmortal empresa; y un simple particular suyo que no ha dejado á la posteridad mas que su nombre de bautismo*, adornado con el modesto nombre de *Eremita*, sin mas armas que su fe y su voluntad invencible, fue el que enardeció á la Europa, asustó á la Asia, destruyó la feudalidad, ennobleció los esclavos, transportó la antorcha de las ciencias, y mudó la faz de la Europa.

Á este siguió Bernardo; Bernardo, el prodigio de su siglo, y francés como Pedro, hombre de mundo y cenobita mortificado, orador y espíritu brillante, estadista y solitario, que él solo tenia mas ocupaciones que la mayor parte de los hombres ha tenido ni tendrá jamás; consultado de todo el mundo, encargado de una infinidad de negociaciones importantes, pacificador de los Estados, llamado á los Concilios, hablando por los Reyes, instruyendo á los Obispos, amonestando á los Papas, gobernando una Orden entera, y predicador y oráculo de su tiempo¹.

Se nos repite sin cesar que ninguna de estas empresas lle-

* Pedro el Ermitaño,

¹ Bourdaloue, *Sermon sobre la huida del mundo*, parte I.

gó á prosperar. Hasta los niños saben que ninguna cruzada prosperó; pero *todas juntas prosperaron*; y esto es lo que los hombres no quieren ver.

El nombre francés hizo tal impresion en Oriente, que ha quedado allí como sinónimo de *uropeo*, y el mayor poeta de Italia del siglo XVI no se detiene en emplear la misma expresion¹.

El cetro francés brilló en Jerusalem y en Constantinopla; y ¿qué no podia esperarse de él? Hubiera engrandecido á la Europa, exterminado el Islamismo, y sofocado el cisma; mas por desgracia no supo conservarse.

... Magnis tamen excidit ausis.

Una gran parte de la gloria literaria de los franceses, especialmente en su siglo de oro*, pertenece al Clero; pues como la ciencia, generalmente hablando, se opone á la propagacion de las familias y de los nombres², nada es mas conforme al orden que una tendencia secreta de la ciencia hácia el estado sacerdotal, y de consiguiente celibatario.

Ninguna nacion ha tenido mayor número de establecimientos eclesiásticos que la Francia, y ninguna soberanía empleó con mayor utilidad propia tanto número de clérigos como la corte de Francia; donde quiera se hallan, ya de ministros, de embajadores, negociadores, preceptores, etc. Desde Suger hasta Fleury no tiene la Francia por qué arrepentirse de haberlos producido; y si el mas fuerte y sobresaliente de todos se remontó alguna vez hasta la inexorable severidad, con todo no llegó al exceso; y me inclino á creer que en el ministerio de este grande hombre no se hubiera

¹ *Il Popol Franco*. (Las Cruzadas, el ejército de Godofredo). Tasso.

* El de Luis XIV.

² De aquí nacerá sin duda la antigua preocupacion sobre la incompatibilidad de la ciencia con la nobleza, preocupacion que, como todas las demás, pende de alguna circunstancia oculta. Ningun sábio de primer orden ha podido crear una familia; y así es que aun los nombres de los que mas se han distinguido en las ciencias y en las letras en el siglo XVII ya no subsisten.

verificado la tragedia de los Templarios, ni otros sucesos semejantes.

La mas alta nobleza de Francia se honraba en ocupar las primeras dignidades de la Iglesia; y ¿qué habia en Europa que fuese superior á esta Iglesia galicana, la cual poseia todo cuanto place á Dios, y quanto cautiva el corazon del hombre, virtud, ciencia, nobleza y opulencia? Búsquese para pintar la grandeza ideal alguna cosa que exceda á Fenelon, y no se encontrará.

Carlomagno encargó en su testamento á sus hijos la tutela de la Iglesia romana, y este legado, que no quisieron admitir los Emperadores alemanes, habia pasado como un fideicomiso á la corona de Francia. La Iglesia católica entonces podia ser representada por una elipse, donde se veia á un lado á san Pedro y al otro á Carlomagno; pero la Iglesia galicana con su poder, su doctrina, su dignidad, su lengua y su proselitismo, parecia alguna vez reunir los dos centros, y confundirlos en la unidad mas magnífica.

Mas ¡oh debilidad humana! ¡oh deplorable ceguedad! Algunas preocupaciones detestables, que tendré ocasion de desenvolver en el discurso de esta obra, trastornaron enteramente este orden admirable y esta relacion sublime entre las dos potestades. Á fuerza de sofismas y de manejos criminales, se llegó á ocultar al Rey *Cristianísimo* una de sus mas brillantes prerogativas, que era la de presidir (humanamente hablando) el sistema religioso, y de ser el protector hereditario de la unidad católica. Constantino se honró en otro tiempo con el título de *Obispo exterior*; y el de *Sumo Pontífice exterior* no halagaba la ambicion de un sucesor de Carlomagno; de modo que este empleo que ofrecia la Providencia, se hallaba vacante. ¡Ah! si los Reyes de Francia hubiesen querido auxiliar vigorosa y eficazmente á la verdad, hubieran podido hacer milagros. Mas ¿qué puede un rey cuando *las luces de su pueblo están apagadas*? Sin embargo, es menester decir para gloria inmortal de esta augusta casa, que el espíritu real que la anima ha sido por fortuna mu-

chas veces mas sábio que las academias, y mas justo que los tribunales.

Trastornada en los últimos tiempos por una tempestad increíble, hemos visto á esta casa, tan preciosa para la Europa, volverse á levantar de nuevo por un milagro que promete otros, y que debe penetrar de un valor religioso á todos los franceses; pero sería el colmo de la desdicha si creyesen que porque la columna está otra vez derecha, se ha colocado ya en su lugar. Por el contrario, es preciso creer que el espíritu revolucionario es ahora sin comparacion mas fuerte y peligroso que lo era hace algunos años. El poderoso usurpador* no se servia de él sino para su propio provecho; sabia comprimirle con su mano de hierro, y reducirle á una especie de monopolio en favor de su corona. Mas desde que *la justicia y la paz se abrazaron*, el genio turbulento perdió todo temor, y en vez de agitarse en un solo foco, se ha extendido y producido una fermentacion general por toda una inmensa superficie.

Permítaseme que lo repita: la revolucion de Francia no se parece á nada de quanto se ha visto en los tiempos anteriores: es *diabólica* por esencia¹; y jamás podrá extinguirse del todo sino por el principio contrario; y los franceses nunca podrán recobrar su lugar hasta que reconozcan esta verdad. El sacerdocio debe ser el objeto principal de la consideracion del soberano. Si yo tuviese á la vista las listas de las ordenaciones sagradas, podria vaticinar grandes sucesos. La nobleza francesa halla en esta época la ocasion mas favorable de hacer al Estado un sacrificio digno de ella. Ofrezca sus hijos al altar, como lo hacia en los tiempos pasados; pues ahora no podrá decirse que ambiciona los tesoros del santuario. En otros tiempos la Iglesia la enriqueció y la ilustró; vuélvale, pues, ahora todo lo que puede darle, que es decir, el brillo de sus ilustres nombres, con que mantendrá la opinion antigua, y determinará á gran número de personas á

* Napoleon Bonaparte.

¹ *Consideraciones sobre la Francia*, c. 10, § 2.

seguir los estandartes enarbolados por manos tan dignas: *el tiempo hará lo demás*. La nobleza francesa, sosteniendo de este modo al sacerdocio, pagará una deuda inmensa que tiene contraída á favor de la Francia, y acaso de toda la Europa. La mayor prueba de respeto y de estimacion que se le puede dar, es la de recordarle que esa misma revolucion, que ella hubiera querido impedir y remediar á costa de su sangre, fue no obstante en gran parte obra suya. Mientras una aristocracia pura, es decir, que profese hasta la exaltacion los dogmas nacionales, rodee el trono, este será invulnerable, aun cuando la debilidad y el error viniesen á sentarse en él: pero si la nobleza se emancipa, ya no hay salud para el trono, aunque lo ocupase san Luis ó Carlomagno; y esto es mucho mas cierto en Francia que en cualquiera otra parte. Durante el último siglo, la nobleza francesa lo perdió todo por su monstruosa alianza con los malos principios; y así á ella le toca repararlo todo. Su destino es seguro con tal que no vacile, y se persuada íntimamente de la alianza natural, esencial, necesaria, y francesa, que debe haber entre la nobleza y el sacerdocio.

En la época mas desgraciada de la revolucion se dijo: *que aquello era para la nobleza un eclipse bien merecido; pero que volvería á ocupar su lugar, si algun dia abrazaba con sinceridad á*

Hijos que le vinieron,
Pero no sus entrañas concibieron¹.

Lo que se dijo hace veinte años se verifica hoy. Si la nobleza francesa está sujeta á un alistamiento, de ella misma depende quitarle á este cuanto pudiera tener de aflictivo para las familias antiguas; y cuando ella sepa por qué se hizo necesario, no podrá disgustarla ni perjudicarla. Mas esto se dice solo de paso, y sin entrar en pormenor alguno.

Volviendo, pues, á mi asunto principal, observo que el furor antireligioso del último siglo, contra todas las verdades y todas las instituciones cristianas, se fijó principalmente

¹ *Consideraciones sobre la Francia, c. 10, § 3.*

contra la Santa Sede. Los conjurados sabian muy bien, y lo sabian mejor que todos los hombres bien intencionados, que *el Cristianismo reposó enteramente sobre el Sumo Pontífice*, y por lo mismo dirigieron todos sus tiros hácia este lado. Si hubiesen propuesto á los Gabinetes católicos medidas directamente antieristianas, el temor ó la vergüenza, en defecto de otros motivos mas nobles, hubieran bastado para rechazarlos; y así tendieron el lazo mas sutil para todos los Príncipes, y lograron descaminar á los mas entendidos.

¡Ay! de los Reyes sus falaces labios
Lograron seducir á los mas sábios.

Presentáronles á la Santa Sede como el enemigo natural de todos los tronos. Esparcieron sobre ella mil calumnias, excitaron desconfianzas de toda especie, procuraron indisponerla con la razon de estado, y nada omitieron para unir la idea de dignidad á la idea de independencia. Á fuerza de usurpaciones, de violencias é intrigas de toda especie, hicieron que la política romana se volviese cautelosa, lenta ó precavida; y luego la acusaron de los mismos defectos que ellos la habian ingerido; por desgracia llegaron en lo que pretendian á tal punto, que hace temblar. El mal es de tal naturaleza, que la simple vista de algunos países católicos* ha podido algunas veces escandalizar á los enemigos mismos de la verdad, y hacer que se apartasen de ella. Sin embargo, sin Sumo Pontífice todo el edificio del Cristianismo está minado, y no necesita para desplomarse enteramente sino el concurso de ciertas circunstancias que luego manifestaremos.

Entre tanto los hechos hablan. ¿Se ha visto jamás que los Protestantes escriban libros contra las Iglesias griega, nestoriana, siríaca, etc., aunque ellas profesen dogmas que el

* ¿Qué no se vió en los países austríacos en tiempo de José II? ¿qué en Toscana en los primeros años de su hermano Leopoldo? ¿qué en Nápoles bajo el ministerio de Tanucci? ¿qué en Portugal bajo Carvalho? Con toda razon podia clamar la Iglesia llena de dolor: *Fili matris meae pugnaverunt contra me.*

Protestantismo detesta? Nada menos: antes bien las protegen, les dirigen felicitaciones, y se muestran dispuestos á unirse con ellas, porque tienen constantemente por verdaderos aliados á los que sean enemigos de la Santa Sede ¹.

El incrédulo, por otro lado, se rie de todos los disidentes, y se sirve *de todos*, porque está seguro de que *todos*, quién mas, ó quién menos; y cada uno de su manera, trabajan en su *grande obra*, que es la destruccion del Cristianismo.

Como el Protestantismo, el Filosofismo, y mil otras sectas mas ó menos perversas ó extravagantes *han disminuido prodigiosamente las verdades entre los hombres* ², el género humano no puede permanecer en el estado en que se encuentra. Se agita, se fatiga, se avergüenza de sí mismo, y procura con un cierto movimiento convulsivo contrarestar el torrente de los errores, despues de haberse abandonado á ellos con la ceguédad sistemática del orgullo; y en esta época memorable me ha parecido muy útil exponer en toda su claridad una teoría igualmente vasta é importante, desembarazándola de todas las sombras con que se han obstinado en envolverla desde mucho tiempo. Sin presumir demasiado de mis esfuerzos, espero no obstante que no serán del todo vanos; porque un buen libro no es el que persuade á todo el mundo, pues de este modo no habria libro alguno bueno, sino aquel que satisface completamente á cierta clase de lectores, á quienes particularmente se dirige, y por lo demás á nadie deja en duda de la buena fe del autor, y del infatigable trabajo que se ha tomado para penetrarse de su objeto, y presentarlo, si es posible, bajo un nuevo punto de vista. Me lisonjeo ingénuamente que acerca de esto se juzgará he cumplido mi deber. Creo que nunca ha sido mas necesario

¹ Véanse las *Investigaciones asiáticas* de Claudio Buchanan, doctor en *teología inglesa* (decimos inglesa, porque se entienda que es un anglicano), donde propone á la Iglesia anglicana unirse en la India con la siríaca, *porque esta niega el primado del Papa*: un vol. en 8.º, Lóndres, 1812, pág. 285-287.

² *Diminutae sunt veritates à filiis hominum.* (*Psalm.* XI, 2).

que ahora ilustrar con todos los rayos de la evidencia una verdad de primer orden, y además creo que la verdad necesita de la Francia; y así espero que la Francia me leerá otra vez con bondad, y me tendria por feliz sobre todo, si sus grandes personajes de todos los órdenes, reflexionando sobre lo que espero de ellos, se ereyesen obligados á escribir para refutarme.